

»Amigo Arcadio: mientras el legionario pacífico acampaba en las orillas del Phase y del Tanais, las mujeres y los sacerdotes del Asia y del Africa monstruosa invadían la Ciudad Eterna y turbaban con sus prestigios a los descendientes de Remo. Hasta entonces el perseguidor de los demonios industrioses, Iahaveh, sólo era conocido en el mundo que supone haber creado por algunas miserables tribus de la Siria, feroces como él y arrastradas perpetuamente de una esclavitud a otra esclavitud. Escudado por la paz romana que aseguraba sobre la tierra la libertad del comercio y de los viajes y favorecía el cambio de los productos y de las ideas, ese Dios caduco preparó la conquista insolente del Universo. Y no era el único empeñado en tal empresa: una turba de dioses, de demiurgos, de demonios, como Tamous, Mitra, Isis, Euboulos, meditaban también la manera de apoderarse del mundo pacificado. Entre todos estos espíritus parecía Iahaveh el menos apto para conseguir la victoria. Su ignorancia, su crueldad, su orgullo, su desprecio a las leyes, su afán de ser invisible, debían afligir a los Helenos y Latinos, que recibieron enseñanzas de Dionysos y de las Musas. Incapaz de atraerse los corazones de los hombres libres y las inteligencias cultivadas, valióse de astucias. Para seducir a las almas, tejió una fábula menos ingeniosa que los mitos imaginados por nuestros antiguos discípulos, pero suficiente para turbar las inteligencias miserables de las muchedumbres. Proclamó que los hombres habían cometido un crimen contra él, un crimen hereditario, y estaban condenados en su vida presente y en su vida futura (pues los mortales imaginan que su existencia se prolonga en los infiernos), y el astuto Iahaveh afirmó que había enviado a su propio Hijo sobre la Tierra para

lavar con su sangre el pecado de los hombres. No es creíble que la pena borre la falta y mucho menos creíble aún que un inocente pueda rescatar a un culpable. Los padecimientos de un inocente nada compensan, y sólo sirven para acrecer el mal con otro mal. Sin embargo, no faltaron infelices que, adoradores de Iahaveh y de su Hijo Redentor, anunciaban sus misterios como la buena nueva. Debíamos prever semejante locura. Cuando esos humanos vivían pobres y desnudos, ¿no los vimos con frecuencia prosternarse a los fantasmas del miedo y preferir a las inspiraciones de los demonios propicios los mandatos de los demiurgos crueles? Iahaveh, que tendía su astucia como un lazo, se apoderó de las almas; pero no pudo alcanzar toda la gloria que se prometía. Su Hijo, y no El, recibió las adoraciones de los mortales y dió su nombre al culto nuevo. Iahaveh siguió casi desconocido sobre la Tierra.»

## CAPÍTULO XX

### El jardinero prosigue su relato.

«La nueva superstición extendióse primero en la Siria y en Africa; arraigó en los puertos de mar, donde rebulle un populacho inmundo, y al entrar en Italia, fué acogida por las cortesanas y las esclavas; pronto hizo rápidos progresos entre la plebe de las ciudades, pero durante mucho tiempo no pudo invadir los campos. Como en la antigüedad, los labriegos consagraban a Diana un

pino, que regaban una vez al año con la sangre de un jabato; con el sacrificio de una cerda impetraban el favor de los dioses Lares; ofrecían a Baco, bienhechor de los hombres, un cabritillo de blancura deslumbradora, y aun cuando fueran muy pobres, nunca les faltaba un poco de vino y de harina para los protectores del hogar, de la viña y del campo. Les habíamos enseñado que basta poner sobre el altar una mano pura y que los dioses se complacen al recibir una ofrenda humilde. Tristes demencias anunciaban el reino de Iahaveh en cien lugares. Los cristianos quemaban libros, destruían templos, incendiaban ciudades, y estremecían hasta los desiertos con sus estragos. Allí millares de infelices revolvían su furor contra sí mismos y desgarraban sus carnes con puntas de hierro. De toda la tierra se alzaban los lamentos de las víctimas voluntarias hasta Dios, como un coro de alabanzas. Mi umbroso retiro no podía librarse mucho tiempo del furor de aquellos insensatos.

»En lo más alto de la colina que dominaba el bosque de olivos animado por los sonos de mi flauta, hallábase erigido desde los primeros años de la paz romana un pequeño templo de mármol, redondo como las cabañas de los antepasados y sin muros que lo cercaran. Sobre una meseta circular con siete gradas, alzábanse diez y seis columnas con las volutas de acanto, y sostenían una cúpula de blancas tejas. Bajo la cúpula se cobijaba una estatua del Amor con el arco tendido, obra de un artista de Atenas. Los labios de aquel niño sonreían plácidamente, como si los animase la vida, y todos sus miembros eran proporcionados y ligeros. Yo veneraba la imagen del más poderoso de los dioses, y los campesinos le llevaban como ofrenda una copa rodeada de verbena, rebosante de vino añejo.

»Cierta día en que yo, como de costumbre, meditaba preceptos y canciones sentado a los pies del dios, un hombre desconocido, huraño, de barba inculta, se acercó al templo, saltó las siete gradas de mármol y con feroz alegría vociferó:

»—¡Muere, corruptor de almas, y que tengan tu mismo fin la belleza y los goces!

»Empuñó un hacha que llevaba colgada de su cintura, y la esgrimió sobre la cabeza del dios. Agarréme a su brazo, le di un zarandeo, lo derribé y lo contuve sujeto por mi pezuña.

»—¡Demonio!—exclamó con arrogancia furiosa—, déjame destruir ese ídolo y mátame luego.

»No atendí a su bárbara súplica y crujió su pecho bajo mi rodilla, al tiempo que mis manos le apretaban el cuello para estrangularle.

»Mientras el hombre yacía con el rostro amoratado y la lengua colgante a los pies del dios risueño, fui a purificar mis manos en la fuente sagrada. Alejéme de la región dominada ya por los cristianos, atravesé la Gاليا y conseguí llegar a las riberas del Saona, donde en otros tiempos Dionysos plantó la viña. El Dios de los cristianos aún era desconocido entre aquellos pueblos dichosos que adoraban por su belleza un haya frondosa, cuyo venerado ramaje rozaba la tierra y recibía en ofrenda cintas de lana. También adoraban una fuente clara, depositaban figuritas de barro en una gruta húmeda, y ofrecían quesitos o un cuenco de leche a las ninfas de los bosques y de las montañas. No tardó en llegar, enviado por el Dios nuevo, un apóstol de la tristeza. Era enjuto y renegrado como un arenque, pero aun cuando le habían extenuado el ayuno y las vigiliias, predicaba con ardor inextinguible no sé qué oscuros mis-

terios. Amaba el sufrimiento y lo creía saludable; su cólera perseguía todo lo bello, todo lo carnal, todo lo alegre. Cayó el árbol sagrado a los golpes de su hacha. La hermosura de las Ninfas inspirábale aborrecimiento, y lanzaba imprecaciones contra ellas cuando al atardecer brillaban entre el follaje sus caderas redondas. También maldijo las armonías de mi flauta. El miserable suponía que hay fórmulas para ahuyentar a los demonios inmortales que habitan en los antros húmedos, en la espesura de los bosques y en las cumbres de las montañas; pensaba inutilizarnos con algunas gotas de agua, sobre las cuales había pronunciado ciertas frases y hecho no sé qué signos. Para vengarse, las Ninfas se le aparecían de noche y le comunicaban un deseo abrasador que el insensato juzgaba criminal, y huían luego, desgranando por los campos su risa sonora mientras su víctima se retorció como si ardiera su carne sobre su lecho de hojarasca. De este modo las Ninfas divinas se burlan de los exorcistas y ridiculizan la sórdida castidad de sus enemigos.

»El apóstol no pudo realizar por completo el estrago que se proponía entre aquellos espíritus elementales y dóciles a la Naturaleza; la inteligencia de la mayor parte de los hombres tiene tan pocos alcances que apenas deduce consecuencias de los principios que se le inculcan. El bosquecillo donde me albergué pertenecía a un galo de familia senatorial que conservaba un resto de las elegancias latinas; amaba a su joven liberta y compartía con ella su tálamo de púrpura bordado de narcisos. Los esclavos le cultivaban la viña y el jardín; era poeta y cantaba, como Ausone, los juguetes de Venus y su hijo. A pesar de llamarse cristiano me ofrecía leche, frutas y legumbres, porque me creyó el espí-

ritu de aquel paraje; yo embellecía sus ocios con los trinos de mi flauta y le inspiraba sueños felices. Indudablemente los tranquilos galos no se interesaban mucho por lahaveh y por su Hijo.

»Aparecen de pronto en el horizonte rojas hogueras, cuyas cenizas arrastradas por el viento cubren los calveros de nuestros bosques. Los campesinos conducen una larga fila de carretas o apresuran la huida de sus rebaños. En todas las aldeas álzanse gritos de espanto: «¡Los Burgondos!...» Se presenta un jinete, lanza en ristre; cubre su cuerpo con armadura de bronce claro y su rojiza cabellera cae sobre sus hombros. Luego llegan otros dos; más de veinte después, y detrás miles y miles, adustos y sanguinarios. Acuchillan a los viejos y a los niños, violan a todas las mujeres, hasta las abuelas. Mi amigo el galo y su joven liberta riegan con su sangre los narcisos que bordan su tálamo. Los bárbaros incendian las basílicas y asan bueyes enteros sobre el rescoldo; rompen las ánforas para sorber el vino mezclado con cieno en las bodegas inundadas. Les acompañan sus mujeres, amontonadas y medio desnudas en los carros de guerra. Cuando el Senado, la gente de las ciudades y los sacerdotes agonizan entre las llamas, los Burgondos borrachos duermen bajo los pórticos del Foro. Y quince días después, sobre el umbral de su vivienda, uno de ellos sonríe al niño que la rubia esposa lleva en los brazos; otro enciende su fragua y forja el hierro martilleándolo cadenciosamente; otro canta entre sus compañeros, reunidos a la sombra de una encina, las hazañas de los dioses y los héroes de su raza; y otros comercian con piedras del cielo, cuernos de urus y amuletos. Los antiguos habitantes de la comarca recobran

poco a poco su tranquilidad, salen de los bosques donde se habían refugiado y vuelven a levantar su cabaña incendiada, a arar su campo, a podar su viña. La vida se rehizo; pero fué la época más desdichada que atravesó la Humanidad. Los bárbaros invadieron el Imperio. Sus costumbres eran brutales, y como alimentaban sentimientos de venganza y de codicia, se dejaron seducir por la redención de las culpas. Esta fábula de Iahaveh y de su Hijo les agradó, y la creyeron fácilmente porque se la explicaban aquellos romanos de cuya sabiduría no dudaron después de admirar sus artes y sus costumbres. ¡Qué dolor! No eran inteligentes los herederos de Grecia y de Roma. El saber se perdía. Llegó a considerarse un mérito extraordinario solfear en el coro, y los que recitaban de memoria versículos de la Biblia, considerábanse prodigios. Aún había poetas, como hay siempre pájaros, pero los pies de sus versos cojeaban. Los antiguos demonios, los espíritus protectores del hombre: despojados de sus glorias, perseguidos, inútiles, permanecían ocultos en las selvas, donde si alguna vez se mostraban a los hombres era en figura terrible para inspirarles respeto bajo una piel roja, verde o negra, con ojos torvos, enorme boca provista de colmillos de jabalí, cuernos en la cabeza, una cola retorcida, y con frecuencia un rostro humano en el vientre. Las Ninfas eran hermosas como siempre, y los bárbaros, ignorantes de los dulces nombres con que se las designaba en los tiempos antiguos, las llamaron hadas, las atribuyeron un carácter veleidoso y gustos pueriles... Las amaban y las temían.

Desposeídos y desatendidos conservamos nuestra entereza, siempre risueños, bondadosos, y sin dejar de ser en aquellos tiempos crueles los verdaderos amigos

del hombre. Al advertir que los bárbaros se mostraban de día en día menos recelosos y menos feroces, resolvimos tratar con ellos, ingeniosamente ocultos bajo toda clase de apariencias; les incitamos, con mil precauciones y por tortuosos caminos, para que no reconociesen al viejo Iahaveh como Señor infalible, no respetasen ciegamente sus órdenes y no temiesen sus amenazas. A veces empleábamos los artificios de la magia; sin cesar les exhortábamos para que estudiaran la Naturaleza y descubriesen los vestigios de la sabiduría antigua. Los guerreros del Norte, a pesar de su rudeza, conocían algunas artes mecánicas, imaginaban combates en el Cielo, humedecían sus ojos a los acordes del arpa, y tal vez su espíritu estuviese mejor dotado para nobles empresas que el de los galos y los romanos cuyas tierras habían invadido. No sabían labrar la tierra ni pulimentar los mármoles, pero servíanse de pórfidos y columnas traídos de Roma y de Rávena; los sellos que usaban sus jefes eran preciosas gemas pulcramente grabadas por artistas griegos. Se valieron del ladrillo para construir muros de contención, ingeniosamente dispuestos, y lograron levantar iglesias bastante agradables, con las cornisas apoyadas en ménsulas donde esculpían rostros feroces, y con pesados capiteles donde varios monstruos se devoraban entre sí.

» Los instruimos en las letras y en las ciencias. Creyeron que un vicario de su Dios, llamado Gerbert, nos vendió su alma cuando le dimos lecciones de física, de aritmética, de música. Transcurrían los siglos sin que perdieran su barbarie las costumbres; el rigor y la crueldad eran habituales. No satisfechos con la posesión espiritual—cuyos beneficios son tenues como el aire—los sucesores del estudioso Gerbert, aspiraron a la pose-

sión de los cuerpos, y reclamaron la monarquía universal con el derecho heredado de un pescador del lago de Tiberiades. Uno de ellos imaginó que prevalecería sobre la rudeza del germano, sucesor de Augusto; pero acabaron por transigir lo espiritual y lo temporal, para zarrandar a los pueblos oprimidos por dos opuestos poderes. Aquellos pueblos se organizaban entre un horrible tumulto; todo eran guerras, hambres y exterminios. Atribuían a su Dios las innumerables desdichas que les abrumaban, y le llamaron Misericordioso, no por antífrasis, sino porque suponían mejor al que más duramente castiga. Entre tantas violencias, para dedicarme al estudio con tranquilidad tomé una resolución que tal vez sorprenda y que, sin embargo, era muy prudente.

Entre la Saona y los montes Charolais, donde pastan los bueyes, existe una colina con espesos bosques, por cuya falda corre un fresco arroyo que riega los prados. Alzabase allí un monasterio, famoso en toda la cristiandad. Oculté mis pezuñas, cubierto con un hábito, y fui monje en aquella abadía, donde ya no tuve que temer a los enemigos ni a los amigos armados, tan molestos los unos como los otros. Al empezar de nuevo a vivir se veía obligado el hombre a investigarlo todo. En una celda contigua a la mía, el hermano Lucas dedicábase a estudiar las costumbres de los animales, y averiguaba que la comadreja concibe sus crías por las orejas. Yo cogía en los campos yerbas medicinales para alivio de los enfermos con los que, hasta entonces, se practicaba un tratamiento místico: se les hacía tocar las reliquias de los santos para que sanasen milagrosamente. Hubo en aquel monasterio algunos demonios como yo a los cuales reconocí por sus pezuñas, y por sus pa-

labras afectuosas. Reunimos nuestros esfuerzos para pulir la tosca inteligencia de los monjes.

»Mientras a la sombra de los muros abaciales jugaban los chicuelos a «tres en raya», entreteníanse nuestros religiosos en otro juego pueril, que me divertía tanto como a ellos; porque todos hemos de matar el tiempo; y no es otro, si lo meditamos en calma, el objeto único de la vida. Era el nuestro un juego de palabras que aguzaba nuestras inteligencias, a la vez sutiles y toscas; enardecía las escuelas y turbaba a toda la cristiandad. Formábamos dos partidos, uno de los cuales sostenía que antes de haber manzanas hubo la Manzana, que antes de haber papagayos hubo el Papagayo, que antes de que existieran monjes disolutos y glotonos, existían el Monje, la Disolución y la Glotonería, que antes de existir pies y culos, el Puntapié en el Culo residía eternamente en el Seno de Dios; pero el otro partido respondía que, por el contrario, las manzanas dieron al hombre la idea de la manzana, los papagayos la idea del papagayo, los monjes la idea del monje glotón y disoluto, y que sólo existió el puntapié en el culo después de ser, efectivamente, dado y recibido. Acalorados unos y otros, confiaban su razón a la fortaleza de los puños. Yo pertenezco al segundo partido, por suponerlo más conforme a la inteligencia humana y, precisamente, fué condenado por el Concilio de Soissons.

»Entre tanto, no satisfechos de luchar entre sí, vasallo contra señor y señor contra vasallo, los feudales decidieron ir a Oriente en son de guerra, con el propósito, según decían y si no recuerdo mal, de rescatar el sepulcro del Hijo de Dios. Eso decían, pero su carácter codicioso y aventurero excitábales a buscar en tierras lejanas, mujeres, esclavos, oro, incienso y mirra. Tales

empresas, como ya sabéis todos, resultaron desastrosas, pero nuestros rudos compatriotas aprendieron así los oficios, las artes orientales y el gusto de la suntuosidad. Desde entonces nos fué menos difícil conseguir que trabajaran; les incitamos a imaginar invenciones y descubrimientos. Construimos iglesias de maravillosa arquitectura con arcos audazmente apuntados, ventanas ojivales, elevadas torres, múltiples campanarios, agujas atrevidas que perforaban el cielo de lahaveh y le ofrecían con las plegarias de los humildes las imprecaciones de los soberbios; en todo interveníamos; uníase nuestro esfuerzo al esfuerzo humano, y era un espectáculo singular el que ofrecían hombres y demonios trabajando juntos en la catedral, serrando, puliendo, ensamblando las piedras, esculpiendo en los capiteles y en las cornisas la ortiga, la zarza, el cardo, la madre selva y la fresa, tallando rostros de vírgenes y de santos, y extrañas representaciones de serpientes, de pescados con cabeza de asno, de monos que se rascaban las nalgas; todos aplicábamos nuestras aptitudes y nuestra condición, severa, juguetona, sublime, grotesca, humilde o audaz, para formar en conjunto una cacofonía armoniosa, un cántico espléndido de alegría y de dolor, una Babel triunfante. Instigados por nosotros, los cinceladores, los orifices, los esmaltadores, realizaron maravillas, y todas las artes suntuarias florecieron a la vez: sedas de Lyon, tapices de Arrás, lienzos de Reims, paños de Roan. Los astutos mercaderes, que acudían a las ferias en sus cabalgaduras, llevaban piezas de terciopelo y de brocado, galones, cintas bordadas, joyas, vajillas de plata, libros miniados. Sobre tablados que se alzaban en las iglesias y en las plazas públicas, gentes de buen humor representaron, según su leal saber y entender, los misterios

del Cielo, de la Tierra y del Infierno. Las mujeres adornábanse con lujosos atavíos y hablaban de amor. Bajo el cielo primaveral y azul, sentían los nobles y los villanos el ansia de retozar en las praderas floridas. El violinista templaba las cuerdas de su instrumento; señoras, caballeros y doncellas, burgueses y burguesas, lugareños y mozas, cogidos de la mano empezaban a bailar; pero de pronto la Guerra, el Hambre, la Peste, entraron en el corro, y la Muerte arrancó el violín de manos del músico para dirigir la danza. El incendio devoraba las aldeas y los santuarios; los guerreros colgaban de una encina, en las encrucijadas, a los campesinos que no podían pagar el rescate, y ataban al tronco las mujeres embarazadas para que de noche los hambrientos lobos devorasen el fruto de su vientre. Los infelices enloquecían. A veces, en plena paz y en tranquilidad completa, surgía de pronto un incomprensible terror; abandonaban sus hogares y corrían en tropel, casi desnudos; torturábanse con garfios de hierro y cantaban... Yo no acuso a lahaveh ni a su Hijo de tantos males; muchas desdichas se fraguaron lejos de Él y contra Él; pero donde reconozco la idea del Dios Misericordioso (como le llamaban), es en la costumbre instituída por sus vicarios y aceptada por toda la cristiandad, de quemar, entre tañidos de campanas y cánticos litúrgicos, a los hombres y a las mujeres que, instruídos por los demonios, profesaban acerca del Dios opiniones particulares.»